

WARHAMMER
40.000



PARIA

UNA NOVELA DE BEQUIN

DAN ABNETT

minotauro



PARIA

DAN ABNETT

minotauro

Título: *Paria*

Versión original inglesa publicada por Black Library
Paria © Copyright Games Workshop Limited 2021.

Pariah, *Paria*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Título original: *Pariah*

Ilustración de la cubierta: Lorenzo Mastroianni

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: Patricia Nunes

ISBN: 978-84-450-1219-2
Depósito legal: B. 1.944-2022
Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO 1

En el que me doy a conocer

Esta, creo, será la historia de mi vida y comenzará aquí. No llegarás a saber mucho de mí, o lo llegarás a saber todo. Aún no lo he decidido.

Hay algo que sí sé: que mi vida contiene muchas historias dentro de ella. Está hecha de historias, como una cuerda formada por trozos más pequeños atados o un mosaico compuesto de pequeños azulejos de colores. Yo estoy hecha de historias. Debo dejar de lado muchas, o si no, no habrá manera de entender la que realmente importa. Algún día, si vivo, podría convencerme para narrar algunas de las historias que he omitido. Pero hay mentiras y fabulaciones y, además, no espero vivir.

El nombre de mi familia era Bequin, y ese es el nombre que siempre he usado cuando soy yo misma. Se me dio a entender que la prueba de ese linaje se podía encontrar en un cementerio en los pantanos, porque la mía era una familia de los pantanos; pero nunca pensé en comprobarlo o en ir a visitar las tumbas. Me doy cuenta de que eso me hace parecer estúpidamente confiada. No lo soy. Asimismo, si algún día se me hubiera ocurrido la idea de tomar un camino hundido hacia la Puerta del Trabajo y adentrarme en el pantano de más allá, estoy convencida de que, al llegar, una lápida me estaría esperando en una parcela inundada, adornada con los líquenes del tiempo, aunque no hubiera estado allí durante el ocaso anterior.

Dicen que me parezco mucho a mi madre. Que creciera siendo huérfana significa que tampoco puedo corroborarlo.

Ser huérfana explica mi situación. Estuve bajo la tutela de la ciudad

desde mi más tierna edad, primero en la Scholam Orbus de la Colina de Puerta Alta, donde me críe, y luego, el día de mi decimosegundo cumpleaños me trasladaron al Laberinto Undue, cuyas habitaciones inconexas estaban adjuntas a la scholam. Este cambio se debió a que me seleccionaron como una candidata prometedora. La mayoría de los huérfanos dejaban la escuela y bajaban a la ciudad al cumplir los doce años, cuando alcanzaban la edad legal para trabajar. A los candidatos prometedores, uno o dos cada pocos años, los transferían al Laberinto Undue. Por tanto, yo había vivido toda la vida que podía recordar allí, en la colina, en un edificio con goteras y corrientes o en el otro de detrás.

Me llamo Beta Bequin. Mi nombre es una abreviación afectuosa de mi nombre completo, Alizebeth, y no una etiqueta en uncial.

Un amable desconocido me encontró vagando por el pantano cuando era muy pequeña, y una investigación reveló que mi madre había muerto de una enfermedad catarral. El aire de los pantanos es molesto, y puede afectar a los pulmones.

Si no conoces la ciudad, déjame que te explique algo sobre ella. Los pantanos de los que hablo están hacia el sur, muy hacia el sur, más allá de la mole desvencijada de la Puerta del Trabajo, la puerta que antiguamente los obreros cruzaban para ir y venir de los astilleros. Eso era en los viejos tiempos. Para cuando yo viví allí, los astilleros ya estaban en ruinas, solo eran cobertizos de rocamiento de un tamaño inmenso que se levantaban a intervalos a lo largo de la rampa del viejo río. La tierra había sido parcialmente recuperada, o conquistada, por el agua, que los había convertido en una planicie de árboles húmedos y viviendas bajas y pobres. Al oeste de la ciudad, más allá de la Puerta Alta, se hallaban las montañas, que se conocían simplemente como las Montañas y, hacia el noreste, más allá de la siniestra estructura de la Puerta de Carbón, se abría un espacio vacío, el gran Tierrarota, cuyo polvo gris, según me dijeron, finalmente daba paso al paisaje quemado del Desierto Carmesí.

La ciudad se llama Reina Mab. Se encuentra en la prefectura de Hercula, en la parte sur del mundo, llamado Sancour, que a su vez se halla en el Subsector Ángelus. Antaño, Reina Mab fue muy poderosa e importante, la ciudad más poderosa de este mundo, y sus espléndidas torres y llamativas puertas eran la envidia de todas las ciudades del mundo, y también de otros muchos mundos. La guerra la hizo poderosa. Pero la guerra acabó, y Reina Mab se quedó consumida y exhausta. Desde que la conozco, y mucho antes de eso, la ciudad vive su vejez. Siempre doliente y débil; gastada y marchita. Muchas de sus partes se están desmo-

ronando, y hay algunas que se encuentran en tan mal estado que nadie se atreve a visitarlas, por miedo a que se caiga una pared o un techo podrido tan solo por la fuerza del ruido de unos pasos. La ciudad siempre ha sido vieja, con humedad en los pies, polvo en la boca y el viento helado de las Montañas en la espalda. Desde mi más tierna infancia, he ido ascendiendo por ella. La hermana Bismillah solía decir que yo había flotado, desde la parte más baja y húmeda, hasta la Colina de Puerta Alta, por lo que le comenté que eso me convertía en una gran nadadora.

Ella sugirió que eso simplemente me explicaba la función de la metáfora.

Luego, cuando tuve doce años, y ni un día más, entré en el Laberinto Undue, y comencé mi formación privada, a cargo de la cuarta rama de los reverenciados Ordos, de la que no se hablaba. Se me seleccionó debido a ciertos aspectos de mi carácter, a los que Mentor Saur denominaba mi «temperamento».

Entré en el Laberinto Undue, y toda la ciudad de Reina Mab se convirtió en mi aula.

CAPÍTULO 2

Que trata del aspecto

Había un espejo de la verdad en la sala más elevada del Laberinto Undue, en el que podíamos ver reflejadas a las pobres almas que, sin saberlo, nos iban a servir de maestras. En él, leíamos sus vidas para prepararnos. Yo solo usaba el espejo cuando Mam Mordaunt o el Secretario estaban presentes. De los cuatro mentores del Laberinto Undue, ellos eran los de mayor antigüedad. Podíamos emplear el espejo en cualquier otro momento, incluso sin supervisión, pero yo nunca quise. Resultaba inquietante. En él vi cosas que no deseaba ver.

Tenía un espejo en mi habitación, un espejo de mano con un marco de madera. No se le podía preguntar nada, y yo lo prefería, porque solo me mostraba a mí. Creo que los mentores me lo habrían confiscado si hubieran sabido de su existencia. Los únicos espejos que estábamos autorizados a utilizar eran el espejo de la verdad y los espejos de cuerpo entero, viejos y plateados, que estaban en el vestuario.

Mi espejo de mano era lo único que no me mentía. En él podía verme el rostro. Veía el pelo negro hasta los hombros y una buena nariz. Tenía una buena nariz, una nariz con carácter. La boca no era especialmente carnosa, ni poseía unos labios voluptuosos como los de una empolvada mamzel de casa bien en un cuadro romántico, pero era móvil, y muy atractiva cuando la inclinaba del todo hacia arriba o hacia abajo. A menudo hacía esos gestos ante el espejo, así que lo sabía bien. Mi ceño podía resultar alarmante y movía a la gente a pedirme disculpas. La sonrisa sarcástica, mostrando los dientes, resultaba igualmente incitante. Los ojos eran oscuros y grandes.

Era alta, más alta que Corlam o Mentor Murlees, casi tan alta como Mam Mordaunt —crecí pensando que era una mujer alta— y de compleción esbelta, porque me mantenía en forma entrenando. No sabía si resultaba atractiva a los hombres o a las mujeres, como Beta Bequin, porque ni importaba ni nunca había sido puesta a prueba. Sabía que podía resultar atractiva tanto para los hombres como para las mujeres en circunstancias en las que no estaba siendo Beta Bequin, y eso era lo importante.

El Laberinto Undue era una escuela. Los Ordos la habían abierto en Reina Mab hacía mucho tiempo, como un lugar discreto donde llevar a cabo la formación de las personas extraordinarias de forma inadvertida. Supongo que hay otras iguales en otras ciudades de otros mundos. Tendría que haberlas, ¿no?

No era una escuela como la Scholam Orbus. Esa era un hogar para huérfanos, cuya función era vestirlos y alimentarlos, a expensas de la ciudad, y enseñarles las letras, los números y una cantidad suficiente de los textos de la Eclesiarquía. Para conseguir una plaza en la Scholam Orbus, bastaba con no tener familia.

Para conseguir una plaza en el Laberinto Undue, había que ser seleccionado. Por lo general, entrábamos solos, y nunca más de dos por cada grupo de huérfanos. Jamás supe que hubiera más de veinte alumnos.

Durante mucho tiempo, el Laberinto Undue había sido un teatro o algo parecido, porque aún quedaban los restos de un escenario arqueado en la sala que usábamos de refectorio y, en el sótano, había restos de trampillas y espacios para aparatos técnicos como las luces, los bastidores y las poleas. El agitado pasado del edificio, como teatro, también explicaba por qué en el vestuario había tantos disfraces y utilería.

Pero no había sido siempre un teatro, igual que yo no había sido siempre una huérfana, o una mensajera callejera, o la doncella de una dama, o la asistente de un amanuense rubricador, o la socorrista en un barco mercante, o cualquiera de las otras cosas que he sido temporalmente.

Creo que, originalmente, era un lugar de culto. Un lugar clandestino de culto, de uno de los viejos cultos de Reina Mab, patrocinado por algún rico mercader o terrateniente al que le resultaran atractivas las alternativas espirituales al rígido Culto Imperial. Eso fue antes de la guerra.

Lo supuse por el nombre. Laberinto Undue. Estaba estudiando textos de Terra Vieja, de Tierra Ancestral, de hecho; obras que se guardaban en las bases de datos de la biblioteca del Laberinto Undue. Algunas de esas obras eran anteriores al Imperio, y se remontaban al tiempo de la Gran Cruzada, la Unificación o incluso la Vieja Noche y la Era de la

Tecnología. A menudo estaban escritas en las lenguas de esas épocas, y rápidamente fui aprendiendo suficiente Franco Antiguo para irme aclarando. Tengo facilidad para los idiomas. Creo que es una capacidad eidética. Esa aptitud es una de las razones por la que estoy escribiendo esto en el empobrecido enmábico coloquial, el argot de las calles de Reina Mab, y no en gótico vulgar; ya nadie usa enmábico, y por tanto muy pocos de los que encuentren esto serán capaces de leerlo.

Bueno, pues le mencioné a Mentor Murlees, que es bibliotecario y el más erudito de los mentores de esa casa, que Laberinto Undue podía ser una traducción del gótico Maze Undue, que, a su vez, podría ser una corrupción de la frase *maison dieu* en franco antiguo, que significa «casa de dios».

Mentor Murlees no era muy viejo, pero sí extremadamente frágil. Se pasaba la mayor parte del tiempo en una silla de ruedas, aunque era capaz de ponerse en pie. Solo tenía unos diez años más que yo. Tenía una mente realmente eidética, que dejaba en ridículo mi talento en ese sentido. Cualquier cosa que veía, la aprendía. Tenía la cabeza llena de datos, todos absorbidos al instante, todos recordados al instante. Yo pensaba, a veces, que su mente era la responsable de su fragilidad; como si por contener tantos datos, tanto poder mental y conocimiento, le robara a su cuerpo el vigor y el alimento.

Cuando le conté mi suposición, sonrió al pensarlo y asintió.

—Cierto, no hay ningún laberinto, Beta —respondió.

Resultó que en eso se equivocaba, pero no del modo en que él hubiera podido suponer.

El teatro, o *maison*, o lo que fuera cuando se puso la primera piedra, se hallaba encarado hacia el polvoriento noreste en lo alto de la Colina de Puerta Alta, y todos los vidrios de las ventanas que miraban en esa dirección estaban permanentemente sucios por el polvo pegajoso del desierto, la mugre gris de Tierrarrota. Los ácidos y otros elementos dañinos se habían comido la piedra y habían picoteado partes del tejado. Había lugares que ya no se podían habitar. La lluvia y la luz de la luna goteaban por los techos rotos. Los pasillos y las tablas del suelo estaban húmedos por el agua de la lluvia y olían como armarios viejos. Si originalmente había sido un templo, entonces los «templarios» que lo habían creado quizá habían construido lo que ahora era la Scholam Orbus como una escuela de su fe. El orfanato estaba encarado hacia el oeste y el norte; desde el borde de la sima de la Colina de Puerta Alta se enfrentaba a la negra amenaza de las Montañas. También recibía lo peor del clima del norte, e aislaba el Laberinto Undue de lo peor de los inviernos que se clavaban en el sur todos los años.

Los edificios se apoyaban mutuamente, pilas de piedra contra pilas de piedra, y se habían fundido el uno con el otro. Se juntaban en lugares obvios, como los patios y los senderos de acceso. Pero también estaban unidos por pasajes secretos; caminos ocultos que solo pilluelos inquisitivos podían hallar después del toque de queda. El espacio común en los desvanes y las bodegas compartidas hacían más difícil de discernir, en los tiempos modernos, dónde acababa un edificio y comenzaba el otro.

Cada uno de nosotros, de los candidatos, como se nos llamaba, tenía su propia habitación. Cuando cumplí los veinticuatro, era uno de los tres candidatos de más edad que quedábamos viviendo allí. Los otros, ocho en ese momento, iban desde los trece a los veintidós. El año anterior, había habido dos mayores que yo, Corlam y Faria, pero ya se habían marchado. Los habían elegido para servir en el ejército y los habían transferido. Nunca los volvimos a ver, ni lo esperábamos. Veintiséis o veintisiete años parecía ser más o menos la edad en la que se acababa la preparación y llegaba la graduación.

Excepto a Judika, nunca volví a ver a ningún otro candidato después de que dejara el Laberinto Undue.

Bien, teníamos nuestra propia habitación. Luego estaba la sala en lo más alto, donde recibíamos instrucciones e informábamos; el vestuario de los hábitos, el refectorio, los aseos, las habitaciones privadas de los cuatro mentores y una sala de personal, la biblioteca (que, en realidad, era una amalgama de cuatro salas), y el vestidor y los faldones. El vestidor era una sólida cámara en el sótano donde Mentor Saur guardaba las armas y los instrumentos. La puerta, como muchas de las del edificio (especialmente, la de la sala de personal y las de las habitaciones privadas) era una puerta de dolor y funcionaba según la configuración de nuestros brazaletes.

No debo olvidarme de explicar lo de los brazaletes.

Faldones era el término que utilizábamos para referirnos a las partes que daban al exterior, en su mayoría ruinosas, del Laberinto Undue en su ala oriental, donde realizábamos el entrenamiento físico y las prácticas de combate. Eran varias habitaciones en diversos pisos, un espacio muerto que no resultaba seguro para usar de ningún otro modo. Una gran sala de los faldones, cerca del vestidor, estaba impermeabilizada e iluminada, y funcionaba como nuestra sala de entrenamiento habitual. La llamábamos el entreno.

Fue en el entreno, con veintitrés años, cuando por primera vez vi morir a un hombre de cerca. Y, principalmente, murió por mi causa.

CAPÍTULO 3

En el que hago una digresión para contar esa muerte

Dejadme explicarlo, ahora que he pensado en ello. La verdad es que pienso en lo que pasó a menudo, porque me impresionó y me dejó huella. Su muerte afectó el desarrollo de mi carácter, así que considero que vale la pena dejar constancia de ello, pese a que soy consciente de que solo era una parte de una historia mayor. Aunque en cualquier caso vale la pena dejar constancia de ello siguiendo la lógica que he establecido para decidir qué historias deben incluirse aquí y cuáles son superfluas.

En aquel momento, no me di cuenta. En aquel momento, solo fue una cosa impactante.

Tenía veintitrés años. El día ya estaba muy avanzado y comenzaba a oscurecer. Era verano, pero incluso el verano era oscuro en Reina Mab y el ocaso que cubría el Laberinto Undue siempre era feo. Quería bajar al vestidor a coger una pistola láser para practicar con ella. Algunas botellas en una pared, eso era a todo lo que pretendía disparar. Mentor Saur había criticado mi puntería, diciendo que me faltaba la tasa de acierto de Corlam y Faria, e incluso (¡imagínad!) la de Roud, que solo tenía quince años. Además, justo acababa de finalizar una función en el Barrio del Hierro en la que habría sido muy útil disparar mejor. Había ido... No. Esa historia estaría de más aquí. Necesitaba practicar con la pistola. Eso es lo que importa.

Había visto morir a gente. Dejémoslo claro. Reina Mab es una ciudad violenta. Había visto peleas. Había visto muertes. Me habían obligado a desenfundar o a improvisar armas para defenderme a mí y prote-

ger a otros. Había causado heridas. Es totalmente posible que hubiera causado heridas, que hubiera llevado a la muerte o que mis disparos fallidos hubieran, en alguna ocasión, acabado con algún desgraciado del que yo no tenía noticia.

Pero no había visto la muerte así.

El entreno estaba iluminado. El Laberinto Undue solía estar iluminado por quinqués o velas, y por viejos globos luminosos insertados en los paneles del techo. Los globos estaban amarillentos por el tiempo y siseaban al quemar. En algunos pasillos, dejábamos palos o escobas para golpear el techo y hacer que recuperaran su luminiscencia requerida.

El entreno estaba iluminado. Los globos luminosos brillaban como soles enfermizos. Iba allí para pedirle a Mentor Saur que reconfigurara mi brazaletes para poder traspasar la puerta de dolor y coger la pistola del armario.

El entreno estaba iluminado. Oí gruñidos de esfuerzo y pensé que Mentor Saur podría estar afinando su habilidad con la espada. No sabía que ningún candidato entrenara con él.

Pero estaba luchando con alguien.

Estaban luchando en el ring secundario, una plataforma de lona al lado y un poco por debajo del ring principal de entrenamiento, con sus barandillas de madera. A la izquierda había maniqués de prácticas y una hilera de escudos paveses y broqueles de ceramita colgando de ganchos. A la derecha había dos máquinas para practicar con la espada, apagadas y durmientes, con los miembros alzados y paralizados como arañas encabritadas.

Vi gotas de sangre salpicadas sobre la barandilla de madera y un charquito del que salía un rastro que manchaba el ring secundario, como una culpable flecha roja que los señalara, y me di cuenta de que aquello no era una sesión de práctica.

El hombre jadeaba pesadamente. Era rubio y bastante joven, y...

No. Primero, Saur. Saur es más importante en esta historia, y me doy cuenta de que, hasta ahora, he hecho poco más que mencionar su nombre.

Mentor Saur. Thaddeus Saur. Profesor de técnica de combate y medidas de defensa. Era alto y corpulento, con la masa de un luchador. Era un hombre formidable, y siempre lo consideré sólido y compacto, como si estuviera hecho de un material más denso que la gente normal, como una estrella de neutrones. Tenía un rostro como un acantilado, afeitado y de piel gruesa. Su boca era como las muelas de un hacha; su nariz un tocón aplastado. Los ojos eran pequeños y de pesados párpados, como si

hubieran evolucionado para protegerse a sí mismos, como los ojos de un cocodrilo. Se cuidaba: afeitado, pulido y sin decoraciones, pero su pelo era una espesa corona blanca que le colgaba sobre la frente y las orejas. No era de un distinguido color blanco plateado, como el de un político anciano, sino blanco amarillento y sin lustre, como la paja mojada y la nieve sucia. Los dientes eran pequeños, y le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda. Hasta que conocí a Deathrow, era el hombre físicamente más intimidante que había tratado.

No tenía ni idea de su edad. Era mayor, un veterano del servicio militar. Tenía una leve panza, pero era solo el inexorable engrosamiento de la madurez más que una falta de forma física. Era brutalmente fuerte y despiadadamente rápido. Como siempre, vestía una ajustada malla acorazada, con botas y guanteletes, todos del rojo de la sangre de un buey: su ropa de trabajo.

El otro hombre era más joven y pequeño; rubio y de buen ver, de un modo que indicaba que procedía de buena familia. Vestía la indumentaria de un mercader enmábito: botas y calzas, ropa interior de lana gruesa y un abrigo de invierno de cierta calidad, con el cuello alzado y forrado de pelo de gezl; pero al momento supe que se trataba de un disfraz. Iba vestido como iría vestido alguien que hubiera hecho un detallado y minucioso estudio de las clases mercantes de Reina Mab para hacerse pasar por uno de ellos.

No sé qué pequeño detalle me hizo ver eso, pero lo supe en un segundo. Quizá fuera porque yo también he probado a disfrazarme en muchas ocasiones, función tras función. Noté que su disfraz no era imperfecto. Al contrario, era demasiado perfecto.

Luchaban con espadas cortas. Mentor Saur blandía el grueso *cutro* de doble filo que siempre llevaba consigo. Su oponente, el desconocido, no debería haber sido rival para él, en términos de corpulencia o habilidad. Pero estaba aguantando. De hecho, estaba haciéndolo mejor que eso. Saur siempre llevaba una pistola automática corta metida en el cinturón a la espalda, y vi esa arma tirada en el suelo, a cierta distancia de ambos. Saur tenía un corte en el brazo derecho, a la altura de la muñeca, y la manga de la malla que le cubría el cuerpo tenía una raja y ondeaba.

Había desenfundado primero, y había sido desarmado por un golpe de espada. La situación se convirtió en un duelo a espada cuando Saur se quedó sin pistola.

El desconocido blandía un *salinter* curvado o sable corto, que supe que había llevado con él. No era un arma de la zona, ni siquiera del

mundo. Sabía cómo usarla. Aparte de la herida que lo había desarmado, había alcanzado a Saur en la mejilla y en el hombro izquierdo.

En cada golpe, Saur iba a por la cara. Por los encuentros de prácticas, yo sabía que esa era su manera. Es un acercamiento especialmente invasivo, y puede provocar reacciones impetuosas que llevan a cometer fallos de técnica. Estamos programados para protegernos la cara, los ojos. Por tanto, centrar el ataque ahí fuerza a tu oponente a luchar no solo contra ti sino también contra sus respuestas automáticas. Saur estaba tratando de socavar el control técnico del desconocido.

Pero estaba fracasando.

Pensé que resultaba sorprendente. Nadie ganaba a Saur en ninguna forma de combate. Y entonces, casi al mismo tiempo pensé: «¿Por qué? ¿Por qué están luchando? ¿Por qué está ese hombre aquí?». Se había derramado sangre. Aquello no era ninguna sesión de entrenamiento, ninguna lección de combate para un cliente privado.

Era una auténtica pelea.

La velocidad del intercambio de golpes era rabiosa. El desconocido lo estaba poniendo todo en su espada y defendiéndose con un hábil juego de pies, abriendo el espacio cuando podía al mismo tiempo que se mantenía de lado para minimizar el área que presentaba como blanco. Saur intentaba cerrar la brecha entre ellos, mientras paraba los golpes del desconocido con su espada y con las bandas de metal cosidas al antebrazo de su manga izquierda. Se mantenía de frente para poder utilizar tanto la espada como la manga acorazada.

Saur era tenaz. Comenzó a emplear su manga acorazada como un arma ofensiva que contenía la espada del desconocido para darle tiempo a lanzarse con su *cutro*. Cuando lo clavó, pensé que había matado al desconocido directamente, porque el filo de la espada corta le hizo un corte en el pecho al hombre.

Pero este giró en redondo y se apartó rápidamente, mientras bajaba su *salinter* para detener el golpe de Saur. Vi que el elegantísimo abrigo del desconocido tenía un corte que le dejaba colgando la solapa izquierda, lo que me dejó ver que la túnica que llevaba debajo también estaba cortada. Debajo de ella, me pareció ver la tela blindada de una malla ajustada. El desconocido no era tan delicado como parecía.

Sin embargo, Saur se desanimó al ver que el desconocido contaba con una discreta armadura. De lo contrario, su golpe mortal hubiera sido definitivo. Vaciló ligeramente, mientras intentaba reposicionarse, tratando de no perder la ventaja.

El desconocido lo alcanzó en el costado de la cabeza.

Oí el crujido del metal contra la carne, un sonido como el de un hacha al caer sobre un tubérculo maduro. A Saur se le fue la cabeza hacia un lado y el cuerpo rotó tras ella. Saltó la sangre. La tenía en su sucio pelo blanco. Él se estrelló de espaldas contra la valla del ring superior y tiró un cubo de esputos. Se medio cayó, pero de algún modo, consiguió mantenerse en pie, aunque estaba derrotado. El desconocido siguió su ataque, y fue a por el cuello con su *salinter* mientras su oponente tenía la guardia baja.

Tenéis que recordar la velocidad. Tenéis que valorar que, mientras os cuento esto, virtualmente no había pasado apenas tiempo desde que entré en la sala y los vi luchando. Tres, cuatro segundos: el tiempo suficiente para que ellos intercambiaran una docena de golpes. Yo había entrado justo con el tiempo suficiente para asimilar lo más básico de la situación y ver caer a Saur.

Thaddeus Saur nunca me había caído bien. No me equivocaría al decir que mis sentimientos hacia ese cruel cabrón eran más intensos y negativos que todo eso. Pero pertenecía al Laberinto Undue, y yo también, y lo que estaba pasando no se podía permitir.

Avancé. Lancé un fuerte grito y descolgué un broquel de un gancho. Mi brazaletes estaba en posición de «muerto», así que la fuerza de mi nulidad fue conmigo y con mi grito.

Que un paria vaya a por ti puede ser como una gran bofetada, agresiva e ilimitada. Incluso para alguien sin sensibilidad especial, un hombre corriente, la nulidad psíquica de una mente en blanco puede ser angustiosa, aunque solo por un momento.

El extraño se echó hacia atrás. Fue suficiente sorpresa para evitar que le cortara el cuello a Saur. Mi interrupción no iba a acabar ahí. Le lancé el broquel como si fuera un disco.

El pequeño escudo circular no lo alcanzó, pero le forzó a esquivarlo. Saur no estaba acabado, ni mucho menos. Lanzó una patada salvaje, y alcanzó al extraño en el interior del muslo con el talón, lo que lo despidió hacia un lado.

El desconocido aterrizó con las manos sobre la lona, pero ya estaba listo cuando Saur se lanzó hacia delante y le golpeó en las piernas. Saur cayó pesadamente sobre su espalda.

Todo ese tiempo yo aún estaba corriendo hacia él. Convertí la carrera en una patada volante.

Él rodó por debajo de mí, plano sobre el suelo, y se puso en pie de golpe cuando aterricé y me volví hacia él.

Creo que me quería decir algo, pero no sabía qué. Quizá quisiera decirme que me largara, que me apartara de una pelea en la que yo no tenía parte, pero no pudo. Si quería matar a Saur, tendría que matarme a mí antes, o toda la casa caería sobre su cabeza.

Pude notar su conflicto. Desarmada, como estaba, fui a por el desconocido, empleando su propia reticencia contra él. Luchar contra Saur era una cosa, pero no quería enzarzarse con una joven. Su respuesta fue poco firme. Intentó apartarme empujándome. Intentó no usar su arma conmigo, aunque seguía teniéndola en la mano. Creo que esperaba darme con el mango o el pomo, y tal vez dejarme inconsciente.

No iba a ponérselo tan fácil. Lo agarré por la muñeca, se la retorció y, con mi otra mano, le apreté un punto de presión en el brazo.

El *salinter* se le cayó de los dedos entumecidos.

—¿Quién eres? —le pregunté.

Me dio un empujón con ambas manos. Me fui tambaleando y caí, arrastrando un estante de varas de madera para ejercicios.

Me puse en pie, agarré una vara y saqué las otras de mi camino a patadas. El desconocido estaba retrocediendo ante mí, con las manos en alto.

Creo que estaba intentando dejar las cosas como estaban y escapar.

Se dobló por la mitad cuando el *cutro* de Saur le penetró por la espalda. La corta espada le atravesó el abrigo, las túnicas, la malla interior y la protección, y le salió a través del chaleco. Saur liberó la espada y la sangre salpicó la lona. El desconocido se alejó tambaleante, moviendo la cabeza como si estuviera borracho, los pasos inseguros, los ojos confundidos. Con ambas manos, se apretaba la cintura, pero incluso juntas, no podía tapan el agujero que tenía. La sangre manaba, como vino tinto de una jarra. Tenía las manos y las mangas empapadas.

Abría y cerraba la boca, sin conseguir formar palabras.

Cayó de espaldas. Saur se quedó allí, contemplando cómo se desangraba, con el *cutro* ensangrentado a su lado.

La sangre formó un enorme espejo rojo oscuro sobre la lona alrededor del desconocido. El espejo crecía lentamente. La sangre le empapaba el abrigo y las túnicas, le cubría las manos y le manchaba el rostro. Miraba hacia el techo abriendo y cerrando la boca; las piernas le temblaban.

Me incliné sobre él.

Quizá no tuviera que morir, pensé. Le podíamos sujetar, cerrar su herida, llamar a la guardia de la ciudad. Intenté aplicar presión en la espantosa herida, pero estaba abierta y era tan grande como la boca de un

perro. Mis manos no eran mejores que las tuyas para parar el flujo de sangre.

De repente, por fin me observó a mí en vez de a las luces o al techo. Parpadeó, enfocando la mirada. Gotitas de sangre se le habían enganchado a las pestañas.

—¿Qué es esto? ¿Quién eres? —pregunté.

Dijo una palabra. Salió de él como un suspiro, más aliento que sonido.

Era una palabra que no había oído antes.

Dijo: «Cognitae».

Se oyó un tiro, justo al lado de mi oreja, que me hizo pegar un bote porque fue repentino, muy cerca y dolorosamente alto. Una capa de presión me cubrió con el ruido. Hice una mueca cuando las salpicaduras ensangrentadas me alcanzaron en la cara, el cuello y el pecho. Tenía su sangre en los ojos.

Mentor Saur le disparó de nuevo a la cara, por si acaso, y enfundó su pistola de aire.